

ligiosos y soldados que lo veían como pasmados en ver tantas maravillas obradas por sus manos, y los indios tan confirmados en la fe de la santa Cruz, que luego la pusieron cada uno en el frontispicio de su tienda, y después, cada vez que salían fuera la llevaban por guía. Fueron tantos los que allí milagrosamente sanaron, que no pudieron reducirse á número; los cuales obraba Dios con tanta abundancia, que hasta los mismos soldados que acompañaban á los Religiosos los hacían: por todo sea Dios infinitamente alabado.

Bien se infiere de lo dicho los bienes espirituales tan copiosos que nuestra seráfica Religión ha descubierto por todo el mundo; y por esta parte ella sola es la que con tantos trabajos y riesgos hace estos descubrimientos tan grandiosos, pues, como dicho es, en solo distrito de cien leguas tiene bautizadas más de ochenta mil almas, y hechas más de cincuenta iglesias y conventos muy curiosos; y son más de quinientos mil indios los que tenemos pacíficos y sujetos á V. M. en todas las naciones comarcanas, y que poco á poco se van catequizando para bautizarse. De suerte que estando toda aquella tierra hasta ahora por el demonio y poblada de idolatría, sin que hubiese persona que alabase al Santísimo nombre de Jesús, hoy está toda poblada de templos y conventos y de peñas de la Cruz; y no hay quien á voces por los campos, saludándose unos á otros, no alaben á Dios y á su Santísima Madre: mérito en que V. M. es tan interesado, pues con sus reales auxilios nos sustentamos en aquellas conversiones, y con sus reales haberes fundamos iglesias al Señor; por lo cual tengo muy gran fe, que como V. M. dilata tanto nuestra santa fe católica, se lo ha de pagar nuestro Señor, aun en esta vida, en la misma moneda: en dilatar su real corona, sujetando á tantos enemigos de la fe y manifestándole tan ricos tesoros de minas como ahora descubrimos.

REINO DE QUIVIRA AIXAOS.

CUANDO estos dos Religiosos estuvieron obrando aquellas maravillas en la nación Xumana y en la de los Iapies, Xabatoas y otras que allí eran comarcanas: *In omnem terram exivit sonus eorum*, llegó también esta voz al reino de Quivira y al de los Aixaos, que estaban de allí 30 ó 40 leguas al mismo rumbo del Oriente, y enviaron sus embajadores á los Padres para que fuesen allá también á enseñarlos y bautizarlos, diciendo cómo la misma santa los andaba allá predicando que viniesen á llamarlos; pues como los Religiosos estaban ya de camino para volverse de donde salieron y llevar lo necesario para fundar las iglesias, les dijeron que también irían allá y traerían para ellos más Religiosos que los ayudasen: y así, se vinieron con ellos los mismos Embajadores que nos decían á todos el afecto con que pedían el bautismo, y sin falta habrán entrado ya y comenzado á obrar en la viña del Señor.

No puedo dejar de decir en esta ocasión el particular servicio que mi Religión hace á V. M. en la pacificación y conversión de este reino de Quivira y Aixaos, pues es de conocida grandeza y riqueza. Siendo, pues, así que la villa de Santa Fe está en treinta y siete grados, yendo de allí al Este ciento y cincuenta leguas, dase en este reino, y así, está en la misma altura. Asimismo sabemos con evidencia y vista de ojos haber en este reyno y en el de los Aixaos que confina con él, muy gran cantidad de oro: y cada día vemos indios suyos que tratan con los nuestros, que lo testifican, y mucho mejor los flamencos é ingleses que por la parte de la Florida están cerca de ellos y resgatan con ellos el metal tierra de oro en muchísima cantidad, el cual llevan así á beneficiar sus tierras, y gozan los herejes de la riqueza tan grande que la Iglesia católica, en nombre de Dios, concedió á V. M., y con ella nos hacen guerra. Asimismo lo testifica bien el Capitán y gran piloto

Vicente González, de la nación Lusitana, que de la Habana fué á costear la costa de la Florida y entró en aquel río grande adonde los ingleses están poblados, y entrando la tierra adentro vió los indios de Quivira y Aixaos con orejeras y gargantillas de oro muy gruesas, y tan blandas, que con los dedos hacían de ellas lo que querían, asegurando los indios haber en su reino de Quivira y Aixaos mucho de aquello: y así, para que V. M. goce de todo esto, conviene en todo caso que este reino de Quivira y el de los Aixaos se pueble y sean cristianos aquellos indios; y mirando de este puesto de Quivira á lo más cercano de la mar que cae al Oriente, está señalada en las cartas de marear una bahía con título del Espíritu Santo, en 29 grados entre el cabo de Apalache y la costa de Tampico, que es la costa del Norte de la Nueva España dentro de la ensenada. Carteando, pues, de este Reino de Quivira á esta ensenada, aun no hay cien leguas, y de allí á la Habana se va en cinco ó seis días costeano la costa. De suerte que si este puerto ó bahía del Espíritu Santo se poblase, se ahorran por allí más de ochocientas leguas, que son las que hay del Nuevo México á la Habana viniendo por México, las cuales se caminan en más de un año, y las cuatrocientas de ellas por tierra de guerra muy peligrosa, adonde V. M. hace muchos gastos en escoltas de soldados y carros; y por esta parte de la bahía del Espíritu Santo se ahorra todo esto en solas cien leguas de camino que hay del Reino de Quivira á esta bahía, y todo el camino pacífico de gente amiga y conocida y que hoy estarán ya convertidos y tratarán de su bautismo, que en este estado los dejó el año pasado. Asimismo por esta parte, siendo la cercanía tan grande á la Habana, se puede con facilidad gozar de la corambre que se puede hacer del ganado de Sibola y su lana, que como es ganado que pelecha, suele el aire juntar por los campos montones de ella, y se pierde; y así de este género como de otros muchos que aquella tierra tiene. Desde allí puede con facilidad en fragatillas tratar y contratar con toda la costa de Nueva España, Tampico, San Juan de Lua, Campeche, Habana y Florida; y todo á vista de tierra, con que aquellos puertos irán en aumento y riqueza, de que V. M. será

muy interesado: de más de que en aquella bahía del Espíritu Santo y toda aquella costa, hasta la Florida, tiene muchas perlas y ámbar, y hoy se pierde todo por no estar poblada; y á esta causa andan por allí tantos enemigos holandeses robando cuantas fragatillas atraviesan la ensenada, y estando poblada la bahía no tendrían adonde guarecerse. Asimismo para llevar desde México al Nuevo México todo lo necesario que V. M. envía á aquellas iglesias, se va por quinientas leguas, y las más de guerra, y luego para llegar á Quivira se han de caminar otras ciento y cincuenta, en que hará V. M. más gasto que vale lo principal, y todo esto se ahorra enviándolo en una fragatilla desde la Habana á la bahía del Espíritu Santo, si se poblase.

OCUPACIÓN SANTA EN QUE LOS RELIGIOSOS SE ENTRETIEENEN.

B IEN se infiere de todo lo sobredicho cuán lucidos son los trabajos y peregrinaciones de los Religiosos de mi padre San Francisco en servicio de Dios nuestro Señor, pues no sólo han quitado al demonio el imperio de aquellas almas, que tan sin contradicción gozaba, sino que quitada toda idolatría y adoración del demonio, sólo se adora al Señor y Criador de todas las cosas; y adonde no parecían mas que estufas de idolatría, hoy está toda la tierra poblada de muy suntuosos y curiosos templos que los Religiosos han hecho y puesto tanto cuidado en ello, que para hacer los tales se deshacían de lo que V. M. les da para su sustento y vestuario. La ocupación continua que tienen es de Marta y María: acudiendo, como Marta, á la vida activa, curando los enfermos y sustentando los pobres necesitados, haciendo sembrar para esto sementeras y criar ganado, y con esto romper tierras á los indios que no viven en poblado, y después de haberles hecho casa y pueblo entero, y arado las tierras, y sembrádoselas y darles todo lo necesario

para aquellos meses primeros, los traen á vivir allí como gente, adonde los enseñan á rezar toda la Doctrina Cristiana y buenas costumbres; asimismo á leer y escribir á los muchachos, y á cantar, que es para alabar al Señor ver en tan poco tiempo tantas capillas de canto de órgano; asimismo todos los oficios y artes para el uso humano, como es sastres, zapateros, carpinteros, herreros y los demás en que ya están muy diestros; y todo pende de la solicitud y cuidado del Religioso, que si él faltase, cesaría todo este concierto y toda la vida política en que son enseñados á nuestro modo. Tampoco faltan, como María, en la vida contemplativa, que es el estado monacal que han profesado, pues con tantas ocupaciones exteriores de la administración de los Santos Sacramentos, no paran de un pueblo en otro, que no hay Religioso que no tenga á su cargo cuatro y cinco pueblos: viven de tal suerte, que parece están en una comunidad, pues jamás los Maitines á media noche faltan, y las demás horas y Misa mayor á su tiempo; y los conventos con tanto concierto, que más parecen Santuarios que casa de un solo fraile: y con tan continuas ocupaciones, jamás faltan los ayunos, hasta las cuaresmas de los benditos, y otros muchos ejercicios espirituales, con que tienen tan edificadas así españoles como á indios, que como á ángeles los respetan. He querido tocar así de paso esta materia, escusando decir otras muchas cosas que pudiera, sólo porque V. M. conozca la calidad y virtud de aquellos sus Capellanes que con tanto agradecimiento, amor y voluntad encomiendan á Dios á V. M. en aquel rincón tan apartado y en aquella primitiva iglesia, adonde nuestro Señor obra tantas maravillas y adonde V. M. debe acudir con todo favor y auxilio, así por la obligación en que la Iglesia puso á V. M. en la Bula de Alejandro Sexto cuando le dió en nombre de Dios estos reinos por sólo el cuidado de sustentar allí nuestra santa fe católica y conversión de tantas almas, como también por las muchas mercedes que Dios nuestro Señor hace allí á V. M. en darle tantas riquezas como habemos descubierto en la Provincia de los Piro, como queda dicho, y en este Reino de Quivira y Aixaos; y sólo falta para gozar de toda aquella Monarquía, el poblar los puertos

por donde se saquen tantas riquezas, y que haya quien las beneficie; pues es cierto que las planchas de plata no han de salir hechas de las minas, sino que las han de costear y traer á casa: basta que Dios nuestro Señor nos muestre á los ojos los metales ricos y los puertos por donde los habemos de gozar.

COSTA DEL SUR.

HABIENDO tratado de toda la tierra que habemos pacificado y convertido á Dios nuestro Señor y á V. M. por esta parte del Norte, es justo sepa V. M. otro tesoro que le está guardado más ha de setenta años, y después de descubierto y visto se dejó así hasta que nuestro Señor sea servido de que se llegase su hora. Habrá setenta años que el Virrey de la Nueva España, Don Antonio de Mendoza, envió al Capitán Alonso Vázquez Coronado al descubrimiento de la costa del Sur, y fueron con él cuatro Religiosos de mi Orden; y aunque para tratar de estas naciones pudiéramos comenzar desde el Nuevo México yendo derechamente al Sur, ó desde el camino del Nuevo México en el postrer pueblo de la Nueva España, que es el valle de Santa Bárbara, saliendo al Oeste, que es al Occidente, por ser toda tierra contigua y una con el Nuevo México, y no haber entrado en ella otra Religión más que la de mi padre San Francisco, que á costa de su sangre ha dado noticia de nuestra santa fe católica, supuesto que para hacer esta jornada no se ha de comenzar por el Nuevo México, sino de la ciudad de México, me parece más acertado comenzarla de esta ciudad y llegar á la Provincia de Chiametla, Culucán y Sinaloa, que están de las de Jalisco cincuenta ó sesenta leguas. Se va á dar á estas naciones en la forma siguiente:

VALLE DE SEÑORA.

DIGO, pues, que saliendo de esta Provincia de Chiametla y caminando ochenta leguas al Norte, llevando siempre cerca y costeano la mar del Sur, se llega y da en el Valle de Señora que tiene sesenta leguas de largo y diez de ancho, por medio del cual pasa un río muy ancho: tierra muy fértil de sementeras y poblada de muchas poblaciones. El primer pueblo se llama de los Corazones, por los muchos de venado que allí presentaron á los nuestros. Tiene este pueblo setecientas casas muy bien ordenadas y el temple de la tierra muy delectable.

AGASTÁN.

ASEIS leguas adelante de este pueblo, al mismo rumbo, está otro llamado Agastán, que es mayor que el pasado, y al rededor y por todo este valle hay muchos pueblos; pero el principal, que es adonde asiste el Cacique de este Reino, es de tres mil casas muy buenas y vistosas; y así en éste, como en los demás, tienen sus templos de idolatría muy vistosos y sepulcros adonde se entierran las personas principales.

SÍBOLA.

SALIENDO, pues, del último pueblo de este valle de Señora al mismo Norte, por la misma costa de la mar del Sur, cuarenta ó cincuenta leguas, está la Provincia de Síbola: y así se llama también la principal ciudad, la cual tiene en su co-

marca otras siete ciudades. La primera será de mil casas, y las otras de mucho más: son de piedra y madera, y de á tres y cuatro altos, muy vistosas.

TIHUES.

PASADAS otras dos jornadas á la misma parte, tócase con la Provincia de Tihues, que hace muy gran ventaja á la pasada, en hermosura y fortaleza de edificios. La primera ciudad yendo de Síbola, que debe ser la principal de este Reino, se llama Tihues: tiene cuatro mil casas y más, todas muy grandes, en que vivían de diez á quince vecinos; muy altos corredores y terrados, y muy altas torres. Toda esta ciudad se comunica por las azoteas y terrados, por pasadizos. Estaba situada en un llano á orillas de un río, cercada de muros de piedra, sin cal, sino con yeso; y así, se quedaban espantados los españoles de su hermosura.

CIUDAD.

OTRA ciudad está media legua de ésta de Tihues, también á la orilla del río, de tres mil casas, donde el Rey tiene sus mujeres: ciudad muy hermosa y fuerte en cuadra, cuyas casas son de piedra. Tiene tres plazas, y la menor es de doscientos pasos de ancho y otros tantos de largo. De estas plazas se sale por calles tan angostas, que apenas caben dos de á caballo: todas las casas tienen sus corredores á las plazas como las del Nuevo México, y sus estufas en ellas para el invierno; y de estas hay más de veinte muy grandes, que arguye bien la mucha gente que allí hay. Por la misma orilla de este río, á media legua, y á dos, á tres, y á cuatro, hay más de otras